

SEPTIEMBRE 2024 - Nº 26

LA BRECHA

ANÁLISIS DE COYUNTURA ECONÓMICA Y SOCIAL

GO HOME

EL SERVICIO, LA VIVIENDA Y LA INTERNACIONAL QUE VIENE

Daniel Machuca





El servicio, la vivienda y la Internacional que viene

Daniel Machuca

Sindicato de Inquilinas e Inquilinos de Málaga
Suburbia



1. ¿Quién limpia los apartamentos turísticos?

El modelo de ciudad nos importa y mucho. La turistificación también nos afecta a nosotras como trabajadoras. Si ya estábamos explotadas, ahora lo estamos más aún porque nuestra condición profesional se degrada con la multiplicación de los pisos turísticos. La falta de regulación está facilitando también que las trabajadoras que limpian estos apartamentos lo hagan en condiciones nefastas. No solo lo hacen en B, sin contratos, sino que en muchas ocasiones la propiedad

—que en este caso es también la patronal— les exige que sean ellas mismas las que se financien los productos de la limpieza y otras herramientas de trabajo.

Por otro lado, estos trabajos, inestables, puntuales, de horarios reducidos e intermitentes, implican una disponibilidad casi completa según las «necesidades» del apartamento que a su vez se adapta a los ritmos del turismo.

Además de la disponibilidad —que implica un servilismo sin precedentes en nuestro sector— los salarios son,

sin duda, insuficientes, y las trabajadoras de los apartamentos turísticos se ven obligadas a desplazarse por toda la ciudad para limpiar en puntos muy distintos del territorio con todo lo que eso implica en términos de esfuerzos y horas sin retribuir; pues si por cada apartamento la trabajadora «negocia» su sueldo con un propietario/patrón particular ¿quién se hace cargo de las horas y los gastos que supone ir de un punto a otro de la ciudad?

Esto me lo contaba en primera persona Mari Trini —referente del Sindicato de Las Kelys— poco antes del tercer encuentro organizado por el Sindicato de Inquilinas #HaciaEl29J y es solo una demostración de cómo la turistificación se ha impuesto con lógicas violentas de explotación recrudesciendo la lucha de clases, al menos, por arriba. Es solo un ejemplo de las consecuencias de este entramado financiero de rentistas y especuladores, que no nos afecta «por ámbitos», ya que la garra de la depredación arrasa con todo lo que huele a vida y, más aún, si estás en la parte baja de la pirámide social.

Está claro que todas las personas nos vemos afectadas por este torbellino sin control que supone la mercantilización y financiarizaron de todo lo que es y hay en la ciudad marca y su incompatibilidad con las vidas vecinales. Sin embargo, es importante recordar que quienes mayores dosis de violencia van a sufrir son las personas de siempre, las de más abajo. Sin ir más lejos, son las personas sin acceso a la propiedad o incluso sin acceso al estatuto de ciudadanía —personas migrantes en situación irregular— las que más posibilidades tienen de pegarse doce, trece y catorce horas a la carrera, detrás de un bus que siempre tarda, de apartamento turístico en apartamento turístico, limpiando la mierda de un sistema que execra un hedor inaguantable y que con suerte, le va a proporcionar lo justo para dormir, al menos un mes más, en una habitación compartida de la periferia.

Si queremos limpiar hasta el último rincón de esta basura insensible —pues sabemos que lo que no se limpia a fondo, no está realmente limpio ni mucho menos— tenemos que pensar fórmulas efectivas de cooperación con los márgenes y debemos cuidar con paciencia y convicción los procesos de autoorganización para que la sombra larga del estado no nos coja la delantera con el enfado, la expresión desorganizada de los malestares transversales de una ciudad que a pesar de todo desea seguir siendo de clase media. Tenemos que organizarnos con las personas que limpian, con las que alquilan, con las que sirven, con las que okupan y tenemos que hacerlo para que nuestra pelea siga siendo desde abajo.

2. El encuentro del proletariado urbano

El roce de los diferentes ámbitos del nuevo sindicalismo o de las diferentes subjetividades resistentes que se encuentran —aund con cierto recelo— en los márgenes de la ciudad turistificada es fundamental si queremos desbordar los límites de la sectorialidad. Necesitamos imaginar y ensayar las alianzas entre la

“



Todas las personas nos vemos afectadas por este torbellino sin control que supone la mercantilización y financiarizaron de todo lo que es y hay en la ciudad

”



clase trabajadora hiperprecarizada del tercer sector —o el servicio de la ciudad turistificada— y el inquilinato.

De hecho, es importante visibilizar no solo a las camareras y a quienes en definitiva aún se pueden llegar a integrar formalmente en el mercado laboral como asalariadas —a pesar de que la precarización efectiva del trabajo en hostelería dificulta con mucho el reconocimiento real de dicho estatuto— sino también a quienes quedan en un lugar aún más sombrío de este sector que coquetea con la economía sumergida, como es el caso de muchas limpiadoras de Airbnb gestionados por particulares, como hemos visto al comienzo de este artículo.

Más allá de los retos del nuevo sindicalismo social y la cuestión organizativa —la necesidad de desbordar los dispositivos sindicales y su capacidad para producir procesos de lucha-: ¿Por qué esta obsesión con provocar

el encuentro de las trabajadoras de la hostelería — en sentido amplio— y el inquilinato? ¿Y por qué obsesionarnos con el reconocimiento concreto de ciertas subjetividades cuando pensamos la construcción de espacios de autonomía vecinal?

Pues porque no hay vecindad sin vecinas ni espacios para la convivencialidad¹ subversiva sin una reconfiguración del territorio y las alianzas desde los ámbitos donde las luchas laten sin organización. En una ciudad arrasada y, en fin, «puesta al servicio» del capitalismo financiero y la especulación, ni los barrios son espacios reconocibles, ni las inquilinas exiliadas en las periferias y las trabajadoras

1 Término acuñado por el sociólogo Ivan Illich, según el cual una sociedad convivencial sería aquella que permite «a todos sus miembros la acción más autónoma y más creativa posible, con ayuda de las herramientas menos controlables por los demás».



de la hostelería se reconocen en la similitud de sus resistencias.

Si tenemos en cuenta la transformación del centro y del modelo hostelero, junto con las interrupciones del territorio, el urbanismo salvaje y la expulsión de la vecindad, lo que un día fuera el tejido barrial del centro histórico no es más que un recuerdo lejano hoy por hoy. Aun así, la expulsión no es definitiva. Nuestra condición como vecinas se ha visto violentada, incluso destruida en muchos casos, pero la industria que nos ha expulsado hacia las periferias nos reclama como mercancías. Las vecinas vuelven al viejo barrio-centro y cada vez más lo hacen en condición de camareras, repartidoras y limpiadoras, trabajadoras serviles al consumo del turismo de masas. En ese trayecto de vuelta, lejos de encontrar la posibilidad de restablecer el encuentro con las inquilinas que bordean la almendra y de hacerlo de hecho en las viejas plazas centrales, nos planteamos alianzas estratégicas que conecten a todas esas subalternidades; alianzas que desestabilicen la normalidad de la explotación y el expolio, llegando a establecer una relación problemática entre los bordes, el centro y sus flujos de cuerpos, mercancías y labores de cuidados.

No tenemos prisa. Sabemos que de momento no vamos a volver al centro como vecinas. Y, sin embargo, estamos dispuestas a amenazar el centro, agujerearlo, estropearlo e incluso «pararlo» en seco o por partes antes de recuperar lo que nos han arrebatado. El nuevo proletariado urbano de las ciudades turísticas no es un sujeto a priori, definitivo, sino un momento estratégico en la reconfiguración de las luchas y las relaciones de vecindad, hasta ahora inexistentes o dispersas en la discontinuidad del territorio.

3. Huelga y desborde

La fábrica hace mucho que se desbordó en las ciudades sin industria y la contradicción capital-trabajo, desplazada por la precarización, el expolio y la destrucción ecocida, le ha dado paso a la contradicción capital-vida. Se ha puesto la vida a producir. Entender esto es fundamental si queremos pensar con tino la lucha de clases y sus declinaciones en el territorio.

En el camino de la acumulación —un proceso violento sin escrúpulos ni horizontes finalistas— y la defensa

fundamentalista de la propiedad privada, el capital financiero está dispuesto a destruir cualquier forma de vida que se oponga a sus intereses. El capital financiero no tiene límites y nuestras ciudades solo podrán imponer sus propios límites desde abajo; desde la organización y el encuentro sensible de las luchas —que, en muchas ocasiones, ni siquiera son capaces del reconocimiento mutuo—.

En este sentido, las nuevas fábricas no son los restaurantes o los diferentes dispositivos hosteleros, sino la ciudad misma: desde la vivienda hasta nuestros cuerpos como dispositivos de autovalorización y consumo. Ahora bien, debemos ser conscientes de que en las ciudades turísticas del sur de Europa, el trabajo en hostelería y las labores de servicio funcionan como uno de los motores centrales de este engranaje metropolitano de depredación y es ahí, en el marco de la hostelería —y el rentismo— donde la lucha de clases se está perdiendo de manera más evidente. Las guerras culturales de la derecha local van dirigidas sin ningún tipo de disimulo contra las inquilinas y las camareras y, como suele ocurrir en el caso de las derechas —y los poderes que representan— las guerras culturales acompañan políticas efectivas de privatización y explotación laboral.


Creo que podemos resumir este escenario con una frase que desde la crisis la COVID-19 ocupa las portadas de los diarios locales cada cierto tiempo: no hay camareras. Según la patronal de la hostelería, sobran puestos de trabajo. La gente no quiere trabajar, concluyen estas cónicas sin vergüenza.


La realidad es que las condiciones laborales son tan precarias y el precio de los alquileres tan abusivo, que trabajar no te asegura los recursos mínimos para la supervivencia. Además, las condiciones de las trabajadoras son insostenibles: jornadas que doblan las horas pagadas, control exhaustivo del horario laboral, sanciones arbitrarias, incumplimientos sistemáticos del convenio colectivo, sueldos miserables, recortes vacacionales y cargas de trabajo imposibles. No faltan camareras, sobran explotadoras y a la vez, faltan procesos de autoorganización y lucha sindical.

Quienes siguen imponiendo los titulares son las de siempre. La patronal de la hostelería aprieta y hasta ahora no está encontrando un contrapoder que les ponga freno. Todo lo contrario, además de explotar a las trabajadoras



SE ALQUILA

 **ABSTENERSE**

 **MALAGUEÑOS**

del sector, amplían sus límites y llenan de terrazas el centro, haciendo del espacio urbano un parque temático cada vez más oligárquico —pues la realidad es que son tres o cuatro grandes grupos los que copan y llenan de terrazas el centro (entre los que se encuentran Grupo Casa Lola, Sereno o Los Marangos). Una tendencia reconocida en el Anuario de la Hostelería Española que ha condenado al pequeño comercio y facilita una política empresarial de concentración—.

Las terrazas son en sí mismas infraestructuras poderosas que amplían la circulación de capital y a la vez, murallas infranqueables para la convivencialidad y la vecindad. Por eso, en el marco del 29J, se han realizado varios encuentros entre los que hemos celebrado un encuentro específico sobre hostelería y trabajo de servicios en la ciudad turistificada. Estos espacios de roce que facilitan el encuentro entre todas las afectadas por las lógicas depredadoras de la turistificación más allá de la sectorialidad, son espacios valiosísimos.

Es importante que las luchas se compongan y reproduzcan en el espacio de la ciudad, que sigue siendo un espacio abierto, en disputa. A algunas nos encantaría ver a camareras y cocineras parando desahucios con las compañeras del Sindicato de Inquilinas y a las compañeras del Sindicato de Inquilinas al frente de los piquetes en las huelgas de la hostelería que, estamos convencidas, están por venir. Porque si hay algo que está claro, es que las inquilinas y las trabajadoras del servicio son en la similitud de sus opresiones el eslabón más débil de esta cadena de explotación, humillación y robo sin fin. El salario ya no es suficiente y la vivienda parece que se ha convertido antes en un bien de mercado que en un derecho —si es que alguna vez lo fue realmente—. Tenemos que producir formas de cooperación entre las vidas amenazadas por la destrucción capitalista y tenemos que hacerlo en medio de los procesos de autoorganización sindical.

Si paramos la gran máquina hostelera, la salud de las oligarcas locales se puede ver muy dañada, al igual que podemos poner freno a la desvergüenza de sanguijuelas y rentistas con la organización de una gran huelga de alquileres. Pero, sobre todo, necesitamos ponerle freno al aspiracionismo que aún se revuelve en las subjetividades que se resisten a desprenderse del efecto clase media y sus promesas de ascensión social.

En este sentido, se impone la necesidad de repensar y actualizar las huelgas en términos de ciudad, las huelgas de las vidas que producen y reproducen la plusvalía capitalista más allá del trabajo asalariado. La apuesta por las huelgas desbordantes —con capacidad para desbordar el trabajo y la vivienda, para desbordarse por todo el territorio— es también la apuesta por la conflictividad sostenida y autoorganizada. Un calendario largo, cargado de huelgas y paros por todo el territorio, puede abrir procesos complejos y caóticos y por eso mismo propicios para la experimentación política más allá de la propia huelga. Hablamos de las huelgas como momento álgido en la identificación del enemigo de clase y la confrontación, pero también como horizontes o palancas que abran procesos de reconocimiento mutuo.





Procesos que, entre otras cosas, nos permitan actualizar otras herramientas de la tradición obrera y de las huelgas de cuidados, como el sabotaje o la reconfiguración —necesariamente problemática— de los roles de género y la política decolonial en la acción de las subalternas.

4. La potencia de las retaguardias

Las trabajadoras de la hostelería tendrían que entender que poner una habitación en Airbnb para conseguir un sobresueldo no debería ser una opción. La alianza es con las inquilinas y contra la ciudad neoliberal, no con la ciudad hostil que nos explota. De ahí que la estrategia de roce intersindical vaya en varias direcciones —en sentido macro y micropolítico—. Estaríamos encantadas de poder avanzar con ese experimento micropolítico en un marco de luchas que vaya más allá de los casos particulares de cada inquilina, de cada currela, y sabemos que sin plazas ni encuentros fabriles los encuentros tendrán que ser en el desborde de las vidas individualizadas y los bordes de las asambleas.

Además, aunque es muy importante encontrar líneas de fuga frente las capturas del corporativismo —el corporativismo que siempre acecha los dispositivos sindicales, también en el caso del alquiler— pensamos estos encuentros indefinidos con un elemento central de la apuesta por el sindicalismo social y de vivienda: la potencia de las retaguardias y su capacidad para desarmar las lógicas masculinizadas de ciertas tradiciones de izquierdas. Parece obvio que la potencia de los nuevos procesos de autoorganización está en el reconocimiento de la reproducción como uno de los motores de la vida en el capitalismo —a pesar de que algunos de los movimientos en los que nos fijamos de reojo, como el movimiento de la vivienda durante la crisis de las hipotecas o algunos movimientos sociales latinoamericanos, hayan encontrado también límites que estamos dispuestas a repensar—.

Muchas de las virtudes organizativas y relacionales de estos dispositivos están en ciertas prácticas concretas, gestos menores y poderosos que aportan quienes llevan siglos asumiendo ese trabajo servil. Esto no presupone, ni mucho menos, una actitud subversiva por parte de quienes se encargan de las labores reproductivas o quedan excluidas de las clases medias —y, por lo tanto, del estado-nación y sus diferentes modos de integración— al igual que nadie presupone un posicionamiento revolucionario en términos conscientes por parte de las trabajadoras del metal solo por su condición de subordinadas en la producción. Simplemente, confío —o confiamos— en la potencia de ciertos saberes y herramientas de lucha que pueden ser útiles en las luchas que vienen y que portan consigo quienes se han resistido a la extinción; la construcción más o menos espontánea, más o menos resistente, de ciertas formas de organización y socialidad que aún subsisten en las grietas del desastre urbano.

Es importante pensar el roce del mundo del trabajo en la turistificación y el inquilinato siempre desde esta perspectiva, para que las dinámicas

competitivas del trabajo asalariado sin afiliación sindical ni tradición de parte no destruya la capacidad de estos dispositivos de colectivizar también los cuidados y el apoyo mutuo.

5. De lo más micro a lo más macro

En nuestro esfuerzo por pensar el desarrollo de estas experiencias de sindicalismo social en el marco del nuevo régimen de guerra, tenemos que imaginar formas de enfrentar o atravesar «las guerras» sin asumir las reglas impuestas por quienes tienen la fuerza militar a la vez que atendemos los procesos propios de acumulación de fuerzas.

Insistimos, debemos desarticular el frente para frenar el avance de las guerras —también de la «guerra de clases» y su manifestación más cotidiana— reconociendo la coyuntura de guerra sin claudicar a las primeras de cambio ante los discursos «aventureros» de quienes no están ni estarán a los pies de una trinchera jamás. Las estrategias proletarias tienen que reconocer precisamente la desigualdad de fuerzas en el terreno de la confrontación militarizante y buscar formas de ganar retrocediendo, huyendo, trampeando, escapando, atacando por la espalda y tejiendo alianzas monstruosas en las luchas como procesos de subjetivación. Si nuestra apuesta es por la autonomía de las luchas y nuestra posición es con las que no tienen nada; si asumimos que la coyuntura es frontal, beligerante y nuestra ambición es la de las vidas revolucionarias —está por ver en qué se concreta eso de la revolución en presente— tenemos que ser prudentes y pensar formas de diplomacia intransigente que nos permitan ampliar nuestro espacio político para no vernos abocados al frentismo y al identitarismo como límite estratégico de las propias luchas. No ignoramos ni despreciamos la violencia, sencillamente nos hacemos cargo de nuestro momento para poder crecer, seguir y ganar.

Dicho esto, es crucial que relacionemos las estrategias micropolíticas y la cotidianidad de nuestros encuentros como proceso de subjetivación entre las subalternas y las activistas de clase media y un análisis político en sentido estructural. En las nuevas experiencias del sindicalismo social, el compromiso de parte con la producción de autonomía y cooperación en términos de vida, no excluye, ni mucho menos, la posibilidad de golpear, cuando sea posible, al poder de mando capitalista y sus

aliados en las instituciones. De hecho, el desborde de la asamblea y la producción de formas de vida —o de una nueva experiencia de clase— debería ser siempre en la actualización peligrosa de las luchas sociales.

Ahora bien, ni la inocencia individualista e interclasista de quienes entienden la producción de formas de vida en la reterritorialización de las clases medias —o de las vidas que son perfectamente compatibles con la reproducción de la individualidad neoliberal— ni la tentación de reorientar los dispositivos de contrapoder y la organización de las luchas en sentido vanguardista y autoritario, donde los procesos de subjetivación son sustituidos por la sombra de un sujeto dado por hecho, pueden esperar un recorrido largo sin atender el propio proceso de producción y reproducción del sujeto. Es necesario comprender la relación de necesidad entre estas dos perspectivas, que no son exactamente contrarias sino concomitantes, para poder seguir siendo realmente revolucionario. Ni el partido leninista ni las comunas urbanas de las activistas de clase media tienen a día de hoy la capacidad de producir nada más allá de una identidad política impotente.

En la ciudad turistificada, donde los procesos de subjetivación por arriba han producido una multitud de rupturas sociales sin precedentes, los encuentros y la producción de una materialidad de parte con capacidad de crecimiento y reproducción es fundamental. Para acabar con la individualidad del consumo es importante romper con las instituciones violentas que concretan las estructuras de poder en sentido formal, pero también es crucial producir formas de deseo en común que nos animen a escapar del cierre individualizante. Esa construcción paciente de los dispositivos de contrapoder no se puede ver subordinada por la construcción de un proceso en sentido general o macro. Una cosa sin la otra —aunque algunos autores críticos con estos procesos nombren la cuestión más micro casi por deferencia— supone la misma irresponsabilidad política que la acción contraria, más aún cuando la realidad en términos de subjetividad y conciencia de parte a la que nos enfrentamos la militancia de la autonomía es la que es.

Para empezar, los procesos de subjetivación y experimentación micropolítica que se expresan a través de nuestros propios dispositivos como cultura política de parte y que, necesariamente son, como hemos dicho una



y mil veces, en las luchas de las subalternas —algo que efectivamente habíamos olvidado en nuestro corto idilio con la nueva izquierda y las instituciones del estado— no pueden llegar a reproducirse en sentido radical si no se piensan en una tendencia «a la baja»; hacia el de más abajo. Esto es, en la dirección de la proletarización que viene, el empobrecimiento de las que ya no tienen nada. El nuevo sindicalismo social debe ser, de hecho, la retaguardia de estas luchadoras de la necesidad.

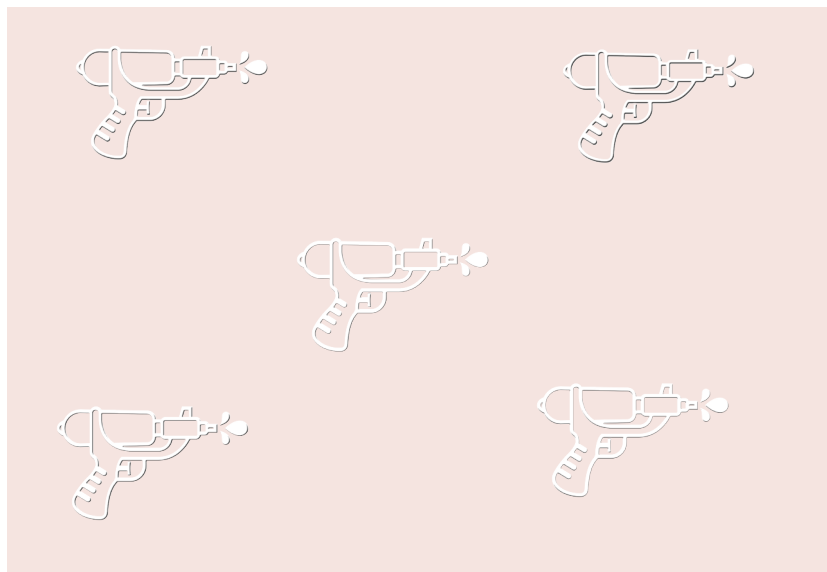
Nuestros recursos, saberes, análisis militantes y nuestras movilizaciones: todo se deberá dirigir estratégicamente, si queremos abrir brechas profundas en la epidermis del capitalismo colonial, hacia el nuevo proletariado urbano.

Llegadas a este punto es importante que nos dejemos de circunloquios y vayamos al grano. Si queremos radicalizar nuestras luchas en todos los sentidos, tenemos que pensar formas de cooperación con las luchas del sur global y los sures que ya habitan los bordes de nuestras propias luchas.

6. El internacionalismo como praxis decolonial allí, aquí y ahora.

Para terminar, me parece importante recordar que todas estas violencias desplegadas por las élites locales en la ciudad turistificada —explotación, expolio, especulación, desplazamientos, ecocidio— no resultan de un proceso político particular, aunque la turistificación sea la forma específica en la que el capitalismo financiero se nos presenta en ciudades como la nuestra. La crisis capitalista en la vieja Europa será larga y la apropiación violenta de cualquier forma de vida que pueda llegar a producir valor —sea de la forma que sea—abrirá multitud de procesos cruzados de desgarro, rupturas y proletarización.

En estos procesos de proletarización violenta es urgente que, quienes quedamos fuera del régimen de propiedad, construyamos dispositivos de apoyo mutuo, autogestión y contrapoder. Además, es fundamental, como hemos dicho tantas veces, que nuestras demandas sean las demandas de las compañeras que menos tienen y que las estrategias de autodefensa supongan la defensa colectiva de las más débiles —dentro y fuera de las fronteras nacionales—. Como decía más arriba, no podremos frenar la embestida del capitalismo local si no enfrentamos a la bestia que, en su conjunto, tiene cuerpo de mundo.



Por esto y porque las políticas de explotación y exterminio del capitalismo colonial en el Sur global son también las políticas que ya se aplican de vuelta en nuestros sures, debemos ensayar cuanto antes un nuevo internacionalismo militante. De hecho, no hay que esperar el diseño específico de este desborde transfronterizo de las luchas de las subalternas, sino que lo podemos ensayar en presente, sin falta.

No descubro nada si propongo pensar las luchas locales y su capacidad para federarse con otras luchas en diferentes puntos del globo desde el punto de vista radical de las luchas en los países del sur. Es decir, pensar y entender primero las luchas del Sur global para situarnos en nuestras luchas locales y también en relación con los sures que habitan el centro. Una perspectiva radical y decolonial que se impone gracias al movimiento en solidaridad con el pueblo palestino.

De alguna manera es algo que también veníamos discutiendo en nuestros propios dispositivos y en los nuevos procesos de autoorganización. La cuestión de clase —tras el fin del sueño húmedo de aquel ministro de Franco: un país de propietarias...— también supone pensar los sures y la vida en los bordes de nuestros encuentros subalternos.

¿El Sindicato de Inquilnas, por ejemplo, está dispuesto a negociar leyes y reformas que excluyan del acceso a la vivienda a una buena parte de las inquilnas que



«Es urgente que, quienes quedamos fuera del régimen de propiedad, construyamos dispositivos de apoyo mutuo, autogestión y contrapoder».

conforman sus propias asambleas o pensamos nuestros procesos de lucha con las demandas de las que quedan y quedarán por siempre fuera del estado de derecho?

Es decir, los sures del territorio urbano: migrantes en situación irregular, kelys, personas sin hogar, okupas y trabajadoras sexuales, etc. La multitud sin nombre que no se puede permitir «exigencias» a un estado que no es el suyo, pues es la multitud que no tiene estado. La multitud que se organiza para arrancar, arrebatar lo que les pertenece —algo que reconocemos en sus prácticas de okupación sin intermediarias ni parlamentos, por ejemplo—.

Yo tengo la respuesta bastante clara. O hacemos clase con las invisibles o estamos perdidas. Hay que despertar del sueño cuanto antes.

Pues bien, estas nuevas prácticas internacionalistas tienen que ayudarnos a entender que inquilinas y trabajadoras de la hostelería —trabajadoras que aún se reconocen como ciudadanas, es decir, se entiende, blancas y de clase media aspiracional— no pueden reconstruir un común fuerte en la duración sin encontrar formas de cooperación con los márgenes —como podría ser el caso de las que sufren el trabajo que supone limpiar por tres duros los apartamentos de Airbnb y que en muchos casos son mujeres migrantes en situación irregular—. Tienen que ayudarnos también a entender que las luchas locales como la lucha del Sindicato de Inquilinas no podrá

alcanzar victorias importantes si no genera lazos políticos y afectivos con las trabajadoras de la fresa en Almería, por ejemplo —con el fin de federar realmente las luchas locales desde una perspectiva decolonial, rastreando las luchas en otras latitudes más allá de nosotras mismas. Y, por último, tiene que ayudarnos a entender que jamás podremos reproducir movimientos fuertes a nivel global si no ponemos todos nuestros esfuerzos en desarticular el régimen de guerra y el terror genocida del capitalismo colonial.

En este sentido, un movimiento de la vivienda que no tenga como objetivo principal enfrentar el racismo de la propiedad y la complicidad del estado, está condenado a desaparecer. No pueden nacer movimientos antagonistas a nivel local que no tengan un ojo puesto en nuestras propias fronteras y en la Ley (criminal) de Extranjería y no existe ni existirá proyecto emancipatorio que no se vea comprometido por el genocidio palestino.

Debemos abrir procesos de autoorganización y producción de nuevos sindicalismos que se mantengan siempre al lado de las trabajadoras de los apartamentos turísticos y de las trabajadoras sin papeles; al lado de las que migran y de las refugiadas de las guerras coloniales. Solo así podremos poner nuestro granito de arena en la construcción de una revolución mundial que acabe con la barbarie allí, aquí y ahora.

¡Adelante compañeras!

La Brecha es una publicación económica y sociolaboral mensual del Gabinete Económico confederal que tiene como objetivo plasmar las distintas realidades y problemas de la clase trabajadora.

A través de esta, aportamos estudios sectoriales, análisis de coyuntura socioeconómica y temas relacionados con la acción sindical.

Puedes seguir todas nuestras comunicaciones a través del canal de difusión de Telegram.

